

Lang Lang

A photograph of pianist Lang Lang sitting on a black grand piano outdoors. He is wearing a dark, shiny suit and black shoes. The piano is on a light blue surface, and the background shows a clear blue sky and some greenery. The quote "Cuando toco nunca me siento solo" is overlaid in large white text on the right side of the piano.

“Cuando toco
nunca me
siento solo”

En China, el nombre de Lang Lang, su primer pianista de dimensión internacional, es una marca registrada, y su celebridad es una de las razones por la que 45 millones de niños aprenden a tocar el piano en ese país. Desde que, siendo un adolescente, triunfó en EE.UU., la trayectoria de Lang Lang ha sido imparable. Una carrera brillante, de la que está muy satisfecho, aunque implicara sacrificios, como una infancia perdida.

El pianista,
fotografiado el año
pasado en Madrid

Texto de **Eva Millet**
Fotos de **Montserrat Velando**

talento y su capacidad de trabajo y esfuerzo.

¿Realmente puede acordarse tan bien del momento en el que llegó el piano a su casa, cuando tenía dos años?

Sí, mis padres lo compraron casi al mismo tiempo que el frigorífico. No sé qué entró antes, pero en cuestión de tres días llegaron dos cajas muy grandes a mi casa. Una era horizontal, y yo no tenía ni idea de lo que contenía: me imaginé que era un Transformer gigante. ¡Pensé que nunca había visto un juguete tan grande! Resultó ser un piano.

Le trajeron el piano, usted no lo pidió... No, yo no lo pedí.

¿Y por qué un piano? ¿Era un instrumento popular en China en ese entonces?

Fue en 1984, no demasiado más tarde del fin de la revolución cultural. Era una etapa en la que los chinos empezaban a sentir curiosidad por lo que pasaba en Occidente. El país se reabrió en 1979 y yo formo parte de la primera generación de chinos nacidos después de esa reapertura. En cierto modo, el piano se convirtió en el instrumento adecuado para nosotros para conectar con el mundo. Además, ya era bastante popular antes de la revolución: era parte de la alta sociedad, ya que tenías que tener dinero para comprar uno porque sólo se hacían en Europa. No se fabricaron en China hasta después y, aunque no eran tan caros, a mis padres mi primer piano les costó medio año de salario.

¿Es el piano el más universal de los instrumentos?

Sí, es fundamental para todos los músicos, aunque quieras ser un violinista has de tocar un poco el piano para afinar. Y si quieres ser un compositor o un director, es básico.

Desde que esa gran caja horizontal llegó a su casa, Lang Lang ha pasado miles y miles de horas frente a un teclado. Y no siempre con ganas. En la primera parte de su biografía, llamada –con mucha honestidad– *Una infancia a medias*, explica cómo su progenitor programó cada día de su vida para que pudiera dedicar unas seis horas diarias a practicar y cómo, si las cosas no salían bien, Lang Guoreng era capaz de tirarle por la ventana su preciada colección de Transformers. También impresiona leer el dramático episodio que

tuvo lugar cuando Lang Lang, con nueve años, y su padre se trasladaron a Pekín. Una tarde, el crío llegó tarde a las prácticas, y el padre, fuera de sí, le instó a suicidarse con pastillas o a tirarse por el balcón. No se calmó hasta que Lang Lang empezó a golpearse las manos (la parte más valiosa de todo pianista) contra la pared...

Sin embargo, Lang Guoreng es también el mismo padre que se levantaba a las cinco de la mañana para ocupar el baño comunitario y evitar que su hijo, al despertarse, hiciera cola y quien tocaba con él su *erhu*, el violín chino. “En esos momentos, mi padre y yo éramos capaces de expresar amor”, relata Lang Lang en su autobiografía. “Nuestra unión era fuerte y profunda, aunque también peligrosa; un amor mezclado con una ambición implacable y arrolladora, capaz de convertir el juego de un niño en una obsesión”.

¿Le agradece a sus padres, en especial a él, su determinación por convertirlo en pianista?

Sí, naturalmente.

Porque usted fue un niño prodigio...

Sí, bueno, más o menos...

“Quería ser un músico de verdad y disfrutaba tocando, pero no cada segundo del día. A nadie, nadie, si eres un ser humano normal, le gusta sentarse en una silla cinco o seis horas seguidas. No cada segundo es un placer”

Y los niños prodigio suelen ser el resultado de una formación muy dura. A veces sienten que su infancia les fue robada... ¿Es ese su caso?

Trabajé muchísimo, pero a la vez me encantaba hacer lo que hacía. Hay mucha gente con talento pero a quienes no les gusta hacer aquello para lo que tienen predisposición natural. He crecido con muchos músicos talentosos y sé que a veces muchos no disfrutaban con lo que hacían. Yo, en cambio, quería ser un

músico de verdad y disfrutaba tocando, pero no cada segundo del día. A nadie, nadie, si eres un ser humano normal, le gusta sentarse en una silla cinco o seis horas seguidas. No cada segundo es un placer y, además, cuando empiezas, no es que empieces a tocar Chopin, ya. Se tarda en aprender a tocar. Se empieza con escalas aburridísimas. Es realmente duro, aunque (puntualiza, riendo): ¡todavía lo es más para los vecinos! Mis vecinos lo pasaban fatal porque cada mañana, antes de ir al parvulario, me levantaba a las 5.30 y empezaba a torturarlos con esas escalas torturadas.

En su biografía habla muy abiertamente de la tormentosa relación que tuvo con su padre, ¿cómo se lleva con él ahora?

Muy bien. Él ahora se queda en casa. Me ayuda, pero no como antes. Solíamos estar juntos en el frente, pero ahora ha pasado como a la *retaguardia*, y me siento más cómodo así. Además, ahora soy mayor, de niño lo necesitaba en el frente, pero ahora ya he crecido.

Su infancia fue humilde: especialmente su etapa en Pekín, con su padre, cuando quería entrar en el conservatorio. Ahora tiene una vida glamurosa. ¿Todavía recuerda de dónde viene?

Sí, claro, a veces sueño con el barrio pobre en el que vivía en Pekín, el apartamento, las literas... Pero son sueños agradables, no son malos recuerdos. Obviamente, no era tan bueno como lo que tengo hoy, pero era una sensación diferente; la de trabajar en tu sueño, y eso es algo positivo. Yo, en cierto modo, siempre supe que aquella experiencia iba a ser corta, que iba a conseguirlo.

Su nombre es una marca registrada, y su firma está protegida por la ley china. Existe mucha actividad comercial alrededor de su trabajo. ¿Alguna vez se siente más un producto que un artista?

Es difícil decir si hablamos de arte o de producto. Si ves una pintura de Picasso, que vale muchísimo dinero, la pregunta es: ¿qué es, arte o producto? Yo, sin duda →

Aunque es un pianista clásico, Lang Lang va vestido como una estrella de rock. Luce pantalones de cuero ajustados, una americana gris satinada y lleva el pelo engominado, con puntas al estilo puercoespín. Bajo la chaqueta, una camiseta negra en la que aparecen su nombre y su rostro sobre una estrella dorada. “La diseñamos con mi equipo”, explica satisfecho Lang Lang, mientras señala las mayúsculas rojas de su nombre.

Pese a ser uno de los orgullos de la nueva China, Lang Lang es un artista global, con managers neoyorquinos, una gran presencia en las redes sociales y una apretada agenda con conciertos y compromisos programados a años vista por todo el mundo. España incluida: el que está considerado uno de los grandes pianistas del momento actuará este mes de abril en Madrid (el día 17), Valencia (19) y Barcelona (22). Le gusta el país, que visitó fugazmente el año pasado, con motivo de su presentación como embajador internacional de Telefónica en Madrid. Junto a él estaba, en un discreto segundo plano, su risueña madre, Zhou Xiulan, quien suele acompañar a su único hijo en su constante ir y venir por el mundo.

En Madrid se demostró que Lang Lang es una estrella. Todo lo que le rodea (el ir y venir de las encargadas de prensa, los periodistas, las cámaras y los fotógrafos, el camarero tras un bufet con jamón serrano y cerezas, los representantes, la traductora y los dos fabulosos Steinway de cola a su disposición) es prueba de su celebridad. Él parece acostumbradísimo. No en vano, a sus 29 años lleva casi media vida en la brecha y prácticamente toda tocando el piano. Desde que sus padres, músicos frustrados por la revolución cultural china, le compraron uno con el fin de convertirlo en el mejor pianista. Un momento que recuerda al detalle en su autobiografía, *Un viaje de miles de kilómetros* (Alba), y que cambió su existencia. Una existencia moldeada principalmente por su padre, Lang Guoreng, su propio



→ alguna, creo que arte. Pues lo mismo pasa con nosotros, los músicos: lo que hacemos es arte y el arte tiene un valor.

Su éxito es paralelo al boom económico de China, un país que ha abrazado el capitalismo en un régimen comunista.

¿No ve contradicciones en ese sistema? Me resulta difícil hablar de esto porque, realmente, no hablo de política. La política es muy complicada, ya sea china, española o americana. Ahora, lo que sí que sé que es bueno en China es que culturalmente estamos floreciendo. Cada colegio ha de tener clases de música, hay 90 millones de niños aprendiendo a tocar instrumentos, y de ellos, la mitad aprende piano. Veo también grandes salas de conciertos que han sido construidas por el Gobierno. Esto es positivo. Obviamente, nadie está de acuerdo al 100% con lo que hacen los dirigentes de un país, ya sea China u otro, pero lo que sí que veo es que culturalmente se están haciendo muchas cosas. Hay un incremento real, una esperanza en esa dirección.

O sea, que lo aprueba...

Soy un pianista, pero cuando veo que en países de Occidente se recortan partidas para educación y veo que eso no pasa en China, me tranquilizo. Tengo una fundación, Lang Lang International Music Foundation, para ayudar a jóvenes que quieren ser músicos, pero en China no necesito preocuparme de poner dinero en este tipo de educación porque el Gobierno está invirtiendo dinero en ella.

Los músicos chinos no están tradicionalmente conectados con la música occidental, lo que se considera una de sus desventajas. Usted, sin embargo, ha conseguido hacerlo y ha sido alabado por ello. ¿Cómo lo logró?

Creo que la música es como el lenguaje y lo que necesitas es tener el entorno adecuado. Eso no significa que tengas que crecer en Alemania para tocar Beethoven, pero sí que precisas de la guía adecuada, de unos buenos profesores, un buen

ambiente para aprender, comunicarte, sentir la música... Eso sucede en América: un país que tiene muchos problemas, pero que a la vez es muy exitoso, porque es muy abierto y todo el mundo va a tocar allí. Los americanos no tienen que estar en Rusia para interpretar bien la música rusa. Ahora, cuando te estás desarrollando como artista sí que debes ir al sitio y sentir y aprender de su cultura. Eso es un deber. Es como si alguien estudia flamenco: tiene que venir a España, y ver y sentir.

Además, durante la revolución cultural, casi toda la música clásica occidental estaba vetada en China. La mujer de Mao, personalmente, suprimió a compositores como Debussy y Chaikovski...

No eran un problema para la gente china, sino para ella. Yo no viví esa época, pero, la verdad, la revolución cultural me resulta algo incomprensible. Fue horrible y espero que nunca vuelva a pasar. Pero incluso durante esa época había gente que tocaba en secreto música clásica occidental.

¿Qué sensación tiene uno al interpretar para una audiencia de más de 4.000 millones de personas, cuando participó en la inauguración de los Juegos Olímpicos de Pekín?

De niño soñaba con tocar en un acontecimiento de este tipo porque lo veía como una oportunidad para acercar la música clásica a mucha gente. Recuerdo que vi a Plácido Domingo y a otras estrellas en la inauguración de los Juegos de Barcelona, en 1992. Fue muy inspirador. Y también recuerdo una grabación de los Juegos de Los Ángeles, en la que unos cien pianos tocaron la *Rapsodia en azul*, de Gershwin.

La inauguración de los Juegos del 2008 fue muy importante en la carrera de Lang Lang, pero, sin duda, su momento clave tuvo lugar en 1999, en Chicago, en el Festival de Música de Ravinia. Lang Lang tenía 16 años y ya vivía en Estados Unidos, becado por el prestigioso Curtis Institute de Filadelfia. Allí contaba con un flamante Steinway para él solo, y durante mucho tiempo se despertó en medio de la noche para ir a palpar el instrumento y convenirse de que aquello no era un sueño. Vivía con su padre, cada vez más impaciente porque ninguna orquesta importante llamaba a su hijo. La situación ya se estaba haciendo insostenible cuando, con

“En China, culturalmente, estamos floreciendo. Cada colegio ha de tener clases de música. Veo también grandes salas de conciertos construidas por el Gobierno. Es positivo”

literalmente medio día de antelación, los organizadores de Ravinia lo llamaron para suplir al pianista André Watts. Lang Lang tocaba después de Alicia de Larrocha, y el encargado de presentarle era Isaac Stern. El célebre violinista aseguró a las 18.000 personas presentes que aquel adolescente chino “no iba a decepcionarles”.

Su debut en Ravinia, con la Sinfónica de Chicago, ¿sigue siendo la noche más importante de su vida?

Sí, por supuesto. Esa noche fue como si mi carrera experimentara un lanzamiento espacial. La gente sabía que tocaba bien, pero estaban un poco asustados, porque yo tenía 16 años y era chino y tocaba música clásica... Y los responsables del festival se preguntaban cómo iban a convencer al público americano a asistir a un recital de un chaval chino que iba a tocar música alemana y rusa. Hasta ese entonces, mi periplo americano había sido muy duro: con recitales en pueblos que a nosotros, en comparación con la escala china, nos parecían pequeñísimos, y con un público muy disperso.

¿Se siente solo en el escenario?

No. Cuando empiezo a tocar nunca me siento solo.

¿Se pueden hacer buenos amigos en la élite de la música clásica?

No se puede ser amigo de todo el mundo, por supuesto, pero tengo bastantes amigos en este ambiente. Los suficientes.

¿Cómo lleva las críticas? Porque tras su debut las hubo muy buenas, pero posteriormente también las ha habido malas: algunas le acusan de sobreactuar al tocar...

Fue muy duro al principio porque, tras Ravinia, las críticas fueron increíbles: todas positivas, pero, después de lo que yo llamo “la luna de miel”, cuando firmé mi primer contrato con una gran discográfica y me hice popular, aparecieron algunas muy duras. ¡Cuando comienzas a ser famoso te empiezan a criticar! Y fue un poco chocante porque algunas de sus palabras eran muy hirientes y yo estaba en una edad en la que era difícil lidiar con ellas.

¿Quién le ayudó?, ¿sus padres?

Ellos no sabían muy bien cómo hacerlo, porque en China las críticas pueden ser duras, pero no tanto y, además, no hay

tantos críticos musicales profesionales. Fueron mis profesores los que me apoyaron: me dijeron que no me las tomara en serio y que siguiera mi camino. Obviamente, nadie es perfecto, en especial cuando eres un adolescente, pero no tomarse las cosas tan en serio es un buen consejo, tanto por lo que respecta a las malas opiniones como a las buenas.

¿Qué hace cuando no toca el piano?

Estoy muy metido en las nuevas tecnologías –por eso mi colaboración con Telefónica es muy natural, porque ellos aman la música, y yo, las comunicaciones y la alta tecnología–. Creo que esto (coge un móvil de última generación) es el futuro: la música está en los móviles, en los satélites... Además, voy a abrir una escuela de piano en China, muy tecnológica, con un auditorio en el cual podremos proyectar clases magistrales y cualquier concierto que se haga en cualquier parte del mundo. También me gusta la música de Alicia Keys, Justin Timberlake y Usher y el fútbol. ¡Me encanta el Barça! Soy fan de Messi y de Xavi. Pude ver la final de la

Copa de Europa en Wembley y disfruté muchísimo.

Ha tenido una vida muy intensa. ¿Se siente mayor de lo que es?

No, de hecho me siento como si tuviera aún 24 años. No sé por qué. Quizás porque es un buen número.

¿Continúan gustándole tanto los dibujos animados de Tom y Jerry?

Sí, claro. Muchas veces, por la noche, los miro. Me encantan, aún me divierten muchísimo, como cuando era niño. En mis memorias, hablo de la impresión que me produjeron dos episodios en concreto: *Concierto gatuno* y *El reino de la música*. Me hicieron sentirme orgulloso de tocar el instrumento más importante de todos. ○

207 x 136